

blante agradable le respondió: Hijo  
 „ Juan, mañana me verás; y yo te  
 „ daré señal tan bastante, que te des-  
 „ empeñes en tu promesa, te reciban  
 „ con aplauso, y te despachen con admi-  
 „ racion; y advierte, que no ha de  
 „ quedar sin premio tu cuidado, ni ol-  
 „ vidarlo mi gratitud. Aquí te espero,  
 „ no me olvides.“ Partiose Juan à su  
 Pueblo, y quedó el Illmo. Señor D.  
 Fr. Juan de Zumártaga con los cuida-  
 dos que causaron en su pecho semejan-  
 tes embajadas, la eficacia del mensage-  
 ro, y la seguridad con que prometió la  
 señal que le pedía. A cuya causa em-  
 bió de su casa unos Criados, que siguie-  
 sen los pasos de Juan Diego ácia el para-  
 ge que habia señalado, y que atendie-  
 sen la Persona con quien hablaba, para  
 que el testimonio de muchos ojos fuese  
 el abono de su dicho. Los Criados, con  
 toda diligencia y recato siguieron sus pa-  
 sos, llevandole siempre à la vista: llega-  
 ron

rón al puente de Guadalupe, pasage de  
 su rio, y estando cerca del monte, sin  
 advertirlo ellos, se les perdió de los ojos,  
 y desapareció de su vista; y aunque  
 procuraron descubrirle en todo aquel  
 distrito, de que llevaban referidas no-  
 ticias, ningunas les valieron: con que  
 volvieron no solamente enfadados, sino  
 enemigos de Juan Diego, desacreditan-  
 dolo con el Obispo su Señor, y resfrian-  
 dole la voluntad, refiriendole lo sucedi-  
 do, y atribuyendo à engaño, ficcion  
 ò sueño, lo que el Indio pedía.

CAPITULO IV.

*Quarta Aparicion de la Virgen, y se-  
 ñal que dió para el credito.*

PAsó el siguiente dia ( que fue Lu-  
 nes once de Diciembre ) en que  
 Juan habia de volver para llevar la se-  
 ñal, y no pudo, porque habiendo llega-  
 do

do à su Pueblo, halló enfermo à un Tio suyo: ocupose en buscar quien le aplicase medicinas, las cuales no aprovecharon, porque se agravó la enfermedad y se declaró *Cocolistle*, que es entre los Indios enfermedad mortal, aguda y contagiosa. El dia siguiente, que fue Martes doce de Diciembre, salió de su Pueblo muy de mañana, para ir à Santiago Tlatilulco à llamar un Religioso, que administrase los Sacramentos al enfermo: y llegando al parage y vista del monte de Guadalupe, habiendo sido siempre su ordinario camino por la falda que descubre al Poniente, torció por la que está descubierta al Oriente, pretendiendo apresurar el viage, y no detenerse en platicas con la Virgen, pareciendole que con aquel rodeo se ocultaria à sus ojos; pero la Santisima Virgen le salió al encuentro en su camino, junto à aquel pozo admirable de que se hizo mencion en el Capitulo prime-

mero, y Juan, avergonzado ò temeroso, arrodillandose la saludó dandole los buenos dias; y retornandoselos la piadosa Madre, amorosamente le escuchó la disculpa, que fue lo referido, añadiendo, que su intencion era volver otro dia à obedecerla y servirla. La Santisima Virgen se satisfizo de la sencillez de su excusa, y le dixo, que por qué habia de recelar peligro, ni temer enfermedad teniendola à ella por Madre? Que su Tio desde aquel punto estaba ya enteramente sano y bueno; con que Juan Diego consolado y satisfecho, se puso en sus manos, para que lo embiara, y le pidió la señal que habia de llevarle al Illmo. Señor D. Fr. Juan de Zumárraga; y la Santisima Virgen le respondió, que subiese al cerro al mismo lugar donde antes la habia visto y hallado, y que cortase y recogiese todas las rosas y flores que alli hallase, y se las trajese. Juan, sin replicar que era Invierno,

y que el sitio, aun en Primavera, por ser peñascoso, segun lo que él habia visto, nunca llevaba flores ni rosas, sino espinas y abrojos, subió al puesto señalado, donde descubrió diversas flores producidas por milagro: cortolas, y recogendolas en su pobre y tosca manta, bajó à la presencia de la Santísima Virgen, que cogiendolas con sus manos, se las entregó, diciendole, que aquellas rosas y flores eran la señal que habia de llevar al Obispo, à quien de su parte dixese todo lo que habia sucedido, para que por aquella señal pusiese en egecucion la fabrica del Templo que le pedia. Y le advirtió, que solamente en la presencia del Obispo habia de soltar la manta, y descubrir lo que llevaba. Despidióse Juan, y ya mas seguro y confiado, llegó à Mexico al Palacio de su Señoría Illma. llevando siempre con todo cuidado y veneracion la manta, sin atreverse à descubrirla, ni descuidarse en soltarla.

CA-

## CAPITULO V.

*Aparicion milagrosa de la Santa Imagen.*

**E**Ntró Juan Diego con las flores en el Palacio del Señor Obispo, y encontrando con su Mayordomo y algunos Criados, suplicó avisasen à su Prelado, que pretendia verle. Esperó mucho tiempo, y viendo su paciencia, y que mostraba traer alguna cosa encubierta y recogida en la manta, llegaron curiosos à inquirirla; y como entonces à Juan ninguna resistencia podia valerle, no pudo negar el que viesen las rosas; ellos con admiracion del tiempo, quisieron quitarle algunas; y habiendo probado tres veces, no pudieron, juzgando que en la manta estaban pintadas ò tegidas; con que la novedad los apresuró à que avisasen à su Dueño, que esperaba aquel Indio, que otras veces habia venido à ver

Ccc

à